

Emilio Rodríguez Demorizi.

## Juan Isidro Pérez, el Ilustre Loco (\*)

Vamos a asistir a una revolución.

Hamlet es una revolución. Hostos.

Vamos a presenciar una tragedia. La vida de Juan Isidro Pérez, el Ilustre Loco, es una tragedia. El escenario es la vieja ciudad de Santo Domingo bajo la cerrazón haitiana, y luego bajo el despotico señorío del General Pedro Santana. La Patria es el móvil de la acción. Entre los personajes hay figuras de Esquilo, y de Plutarco. Las hay también de aquellas que Dante halló en el Infierno y en el Purgatorio. El desenlace, la escena culminante, es la consumación de un drama histórico.

En los primeros años de la oscura dominación haitiana, en un barco que se hacía a la vela, rumbo a Norte América, desde el remanso del Ozama, salía en viaje hacia Europa, al cuidado de Don Pablo Pujol, el adolescente Juan Pablo Duarte. El amor a la tierra natal, que se acrecienta con la ausencia, dilatábase en el corazón del joven predestinado, ajeno a lo que significaría en su vida, en la flor de su edad, esa peregrinación emprendida con propósitos de estudio y de placer, pero que sería muy pronto angustioso principio de su martirio y de su gloria.

Al tercer día de navegación sufrió Duarte una injuria que lastimó su dignidad, apoderándose tan hondamente de su espíritu, que le hizo concebir el pensamiento de independizar la Patria esclavizada. Mientras el viento henchía las velas de la pesada embarcación, Pujol y el Capitán del barco hablaban de Santo Domingo, en presencia de Duarte. Conversaban acerca de la abyección y del abatimiento en que había caído la desdichada tierra escogida por Colón para asilo de sus restos. Dirigiéndose a Duarte, el rudo marino le hizo una pregunta, cruel saeta que abrió la primera herida de su alma:

—“No te dá pena decir que eres haitiano?”

—“Yo soy dominicano!”— respondió con firmeza el joven viajero.

—“Tú, dominicano!—dijo con desprecio el Capitán,— tú no tienes nombre; ni tú ni tus padres merecen tenerlo, porque cobardes y serviles, inclinan la cabeza bajo el yugo de sus esclavos.”

El sonrojo, el dolor de la verdad, le sellaron los labios, pero, en cambio, en la mente del injuriado había surgido, de súbito, una intensa y fuerte luz que nunca más le dejaría: la idea separatista.

Por el año de 1832, Duarte está de retorno. Ha estado en España, en Francia, en Inglaterra; en Barcelona aprendió la lengua del Lacio, filosofía y matemáticas; por todas partes contempló el ignorado espectáculo de la civilización y de la li-

bertad. Así, lo que tuvo en él más honda repercusión, más dilatado eco, fueron los sucesos políticos que agitaron a la monarquía española, y las doctrinas liberales que, durante la menor edad de la reina Isabel II, sirvieron de principio a las nuevas formas de gobierno del Estatuto Real de 1834.

Al llegar a Santo Domingo, entre los numerosos amigos y parientes que van a darle la bienvenida, figura el Dr. Manuel María Valverde, quien se adelanta a preguntarle:

—“Qué es lo que más te ha llamado la atención y agrada en tus viajes?”

Duarte respondió con énfasis:

—“Los fueros y libertades de Barcelona, fueros y libertades que espero demos nosotros un día a nuestra patria.”

—“En tan magna empresa,—exclamó el Doctor Valverde,— cuenta con mi cooperación.”

Ambos cumplirían sus votos y cosecharían las desazones de la proceridad; la misma vigilia borraría el sueño de sus ojos; la misma fuerza despotica los arrojaría al ostracismo.

Fiel a sus altos empeños, el primer cuidado de Duarte es captarse las simpatías de la juventud: con mesiánico fervor dedicase a “formar la mente y el corazón de sus amigos.” En las espesas nieblas de la dominación haitiana, Duarte es una luz, fuerte y esperada luz surgida de improviso. Su hogar es una escuela; enseña lo que él sabe, pero más que ésto, enseña a sentir lo que él siente, a meditar lo que él medita, a considerar como agravio de todos las ásperas palabras del Capitán del barco que le condujo al extranjero.

Entre los jóvenes que rodean a Duarte hay uno de corazón grande y magnánimo, “valiente sin ostentación, pundonoroso sin orgullo, digno por educación y por temperamento”, leal como ninguno, de mente tan sensible, que su claro juicio es un fino cristal: ¡cristal tan diáfano y tan puro que bastaría la luz para romperlo! Es, también, el más infortunado de todos: Juan Isidro Pérez de la Paz.

El amoroso hijo de Chepita Pérez nació en la ciudad de Santo Domingo en el año de 1817, un lustro antes de iniciarse la dominación haitiana. Recibió la instrucción primaria en una de las pobres escuelas que lograron salvarse del naufragio de la cultura, en aquella infausta época; y la instrucción superior en el instituto fundado por los dominadores en las postrimerías del “cautiverio babilónico”, inaugurado por Monsieur Arquiere y luego regido por el profesor Augusto Brouard. No se limitaron a esa escuela las ansias de saber de Juan Isidro Pérez: asistía puntualmente a la clase de latinidad y de filosofía que daba en la Villa de San Carlos el Pbro.

(\*) Certamen del Centenario de La Trinitaria celebrado por el Ateneo Dominicano. Primer Premio. Jurado: Dr. Ml. de Js. Troncoso de la Concha, Lic. Carlos Sánchez y Sánchez y Lic. Ml. A. Amiama.



Gaspar Hernández; acercábase, en busca de consejos, — como acostumbraban hacerlo los estudiantes de su tiempo, — al docto Juan de Dios Cruzado y al insigne Pbro. José Antonio de Bonilla, “fuentes de saber siempre abiertas para apagar la sed de luces”.

Este cálido amor al estudio, esta inquietud espiritual de Juan Isidro Pérez, es una fuerza más que le une a Duarte. Su corazón se inflama con las prédicas del ilustre patricio; su pensamiento, siempre iluminado, toma nuevas proyecciones; y como la madre participa de los ensueños del hijo, hacia su hogar, como hacia el establo de Belén, se inclina la estrella de una nueva Anunciación....

Es el año de 1838; es el 16 de julio, día del Carmen, en que la Santa Iglesia Católica celebra el triunfo de la Santa Cruz. La noche haitiana extiende su pesaroso manto sobre el día, ajeno a la secreta lumbre encendida en su seno.

Desde temprano se abren las puertas de la humilde casa de Chepita Pérez, frente a la Iglesia del Carmen, en la antigua calle del Arquillo. Uno tras otro van llegando, solemnes, silenciosos, Juan Pablo Duarte, Pedro Alejandrino Pina, Felipe Alfau y Bustamante, José María Serra, Jacinto de la Concha, Felix María Ruiz, Juan Nepomuceno Ravelo, Benito González. ¿Qué gozo es el que desborda el corazón de Juan Isidro Pérez, al recibirlos y abrazarlos en su propia casa, que desde ese instante queda glorificada para siempre? Este gozo bien vale su futura desgracia!

Los nueve próceres, la augusta asamblea, inicia sus deliberaciones; trátase de darle forma al ideal patriótico de Duarte, de sacudir el abominable yugo haitiano, de crear una nueva nacionalidad. Duarte es el primero en hablar; y habla como si despertara de un hondo sueño:

Amigos míos, unidos aquí con el propósito de ratificar el que habíamos concebido de conspirar y hacer que el pueblo se subleve contra el gobierno haitiano, a fin de constituirnos en estado libre e independiente con el nombre de República Dominicana, vamos a dejar empeñado nuestro honor y vamos a dejar comprometida nuestra vida. La situación en que nos coloquemos será muy grave y tanto más cuanto que en entrando ya en este camino, retroceder será imposible. Pero ahora, en este momento hay tiempo todavía de rehuir toda clase de compromiso. Por lo tanto, si alguno quisiere separarse y abandonar la causa noble de la libertad de nuestra patria querida...

—“Nó! Nó! Yo no me separo! Ni yo!, —le interrumpen sus compañeros y discípulos. (1)

—“Pues bien, hagamos este juramento irrevocable”, —dice Duarte, a la vez que pronuncia el solemne voto:

EN NOMBRE DE LA SANTISIMA,

AUGUSTISIMA E INDIVISIBLE TRINIDAD DE DIOS OMNIPOTENTE: JURO Y PROMETO POR MI HONOR Y MI CONCIENCIA, EN MANOS DE NUESTRO PRESIDENTE JUAN PABLO DUARTE, COOPERAR CON MI PERSONA, VIDA Y BIENES A LA SEPARACION DEFINITIVA DEL GOBIERNO HAITIANO. Y A IMPLANTAR UNA REPUBLICA LIBRE E INDEPENDIENTE DE TODA DOMINACION EXTRANJERA QUE SE DENOMINARA REPUBLICA DOMINICANA, LA CUAL TENDRA SU PABELLON TRICOLOR EN CUARTOS, ENCARNADOS Y AZULES, ATRAVESADOS CON UNA CRUZ BLANCA. MIENTRAS TANTO SEREMOS RECONOCIDOS LOS TRINITARIOS CON LAS PALABRAS SACRAMENTALES: DIOS, PATRIA Y LIBERTAD. ASI LO PROMETO ANTE DIOS Y EL MUNDO. SI TAL HAGO, DIOS ME PROTEJA; Y DE NO, ME LO TOMA EN CUENTA, Y MIS CONSOCIOS ME CASTIGUEN EL PERJURIO Y LA TRACION, SI LOS VENDO.

Todos firman con sangre el trascendental documento: nueve cruces. Desde entonces, algunos de ellos llevarán la suya sobre el corazón; otros la arrojarán en medio del camino.

Al firmar el último, Duarte habla de nuevo:

No es la cruz el signo del padecimiento; es el símbolo de la redención; que de bajo su égida constituída la Trinitaria, y cada uno de sus nueve socios obligado a reconstituirla, mientras exista uno, hasta cumplir el voto que hacemos de redimir la Patria del poder de los haitianos.

Así termina la grandiosa escena. Ha nacido La Trinitaria! El barrio está de fiesta, música y campanas. Ya no está sólo, en el alegre vecindario, la pequeña Iglesia del Carmen: desde este día la casa de Chepita Pérez es también un santuario.

La Trinitaria inicia muy pronto su organización y sus patrióticas faenas. Cada trinitario tiene una divisa y un nombre, un seudónimo tomado de la mitología o de la historia.

Duarte pide la divisa **amarilla**, pero Juan Isidro, — que ha sido nombrado Coronel del futuro ejército dominicano, — se la disputa amablemente: “Esa es la mía, — dice, — significa la **Política**. . . La tuya es **azul celeste**, que significa **gloria** y es la que te pertenece”. Pina toma el **rojo**, “como significación del fuego sagrado que ardía en su corazón”, Sánchez el **verde**, la esperanza de gloria y de martirio.

El seudónimo de Duarte es **Aristides**; **Simón**, el de Vicente Celestino Duarte; **Leonidas**, el de Benito González; **Temístocles**, el de Juan Isidro Pérez. Como el gran ateniense, víctima de honda y pensativa melancolía, cercana de la locura, ante los triunfos de Milciades, Pérez también se hundiría en el abismo de melancólicas y amargas meditaciones frente a la visión que

(1) José María Serra, Apuntes para la Historia de los Trinitarios, Santo Domingo, 1887, págs. 13-14.



turbaría la claridad de su conciencia: los triunfos de Santana sobre los próceres duartistas.

Es una gran familia la de los próceres; una hermandad en la que es claramente visible el viejo propósito de Duarte de intensificarla y de aumentarla cada día: Juan Isidro Pérez y Tomás de la Concha son compadres; Duarte, José María Serra y Wenceslao de la Concha presencian como testigos instrumentales las bodas de José María Caro, el 15 de noviembre de 1833; en esa misma calidad asisten Duarte y Wenceslao de la Concha, el 21 de agosto de 1835, al matrimonio de Fernando J. Gómez y de María Guadalupe Alfau, la bella hermana del Trinitario Felipe Altau; Pérez y Mella también tienen viejos vínculos: en las bodas de éste con Josefa Brea, el 30 de agosto de 1836, Juan Isidro firma como testigo; el 25 de enero de 1837, Duarte suscribe, como testigo, el acta de las nupcias del prócer Manuel María Guerrero; Duarte y el patriota Dr. Manuel María Valverde también sirven de testigos, el 30 de enero de 1838, en el matrimonio de Juan Nepomuceno Tejera y de Ana María Penson, padres del ilustre Emiliano Tejera; Duarte y Félix María Ruiz son compadres: el Apóstol es el padrino de Petronila Ruiz, nacida el 29 de junio de 1841; Duarte es dos veces compadre de Pedro Alejandrino Pina; ha bautizado a dos hijos de éste: Aurelia y Juan Pablo; Tomás Concha y Duarte se quieren como hermanos, son cuñados: Tomás es el novio de Rosa Duarte, la devota hermana del Maestro. Entonces, el compadrazgo era una alianza poco menos que sagrada y que pesaba tanto como la sangre: ser compadres era mucho más que ser hermanos. Pero hay otros invisibles lazos que los unen: el fervor patriótico; el juramento de la Trinitaria; las fraternizadoras prédicas de Duarte; las comunes ansias de libertad; el ascendiente de la raza hispánica en pugna con la raza de sus antiguos siervos.

Pérez es de los que están más cerca de Duarte; es su sombra; es de los que extienden con más cálido afán, con más nerviosa actividad, la red entretregida en los secretos conciliábulos de la Trinitaria; es de los más adictos al Maestro; y cuando la desertión asoma en las filas trinitarias, él es de los que no se desalientan, sino que cobran nuevas fuerzas y nuevos entusiasmos. Su patriótico desvelo no se interrumpe, ni aún durante el aparente eclipse de la Trinitaria.

De la Trinitaria surgió la Sociedad FILANTROPICA. Fué ésta continuación de aquella; animábanla los mismos propósitos, aunque aparentaba fines culturales y recreativos, que le permitieran luchar y sobrevivir entre el recelo y el tiránico señorío de los dominadores. El teatro, construido a expensas del patriota Manuel Guerrero, es el arma que la Filantrópica esgrime contra el usurpador.

De la Filantrópica surge, a su vez, una especie de Sociedad Dramática formada por los próceres aficionados al Teatro. El gobierno haitiano no le atribuye importancia a esta asociación, pero ordena que asista a sus veladas el Jefe del Par-

que de Artillería, Coronel Santillana, quien, "testigo de las discusiones a que daba lugar la censura de esta o aquella pieza dramática, el orden de las decoraciones, su mayor o menor espectáculo", no vacila en asegurar a su gobierno que se trata de "cosas de muchachos", que "es útil que los jóvenes haitianos imiten a los dominicanos". Esa ingenua declaración favorece prodigiosamente las miras de los patriotas, y mientras los haitianos declaman torpemente una pieza de Racine, los dominicanos hacen estremecer al público que aplaude frenéticamente a los actores de *Bruto o Roma Libre*, de *La Viuda de Padilla* y de *Un día del año 23 en Cadiz*. En la última escena de ésta, el Edecán del Capitán General se presenta de orden superior al Director de la Sociedad y le intima la exhibición de la pieza dramática, a fin de cerciorarse de si constaba en ella un tendencioso concepto que el público aplaudiera estrepitosamente: "Cuando me piden pan y me lo piden en francés, a pesar de mi natural sensibilidad se me quita la voluntad de darlo". Así despierta el amor patrio en el aletargado espíritu de los dominicanos.

Juan Isidro Pérez, Pedro Alejandrino Pina, Jacinto de la Concha, Félix María Del Monte, Remigio del Castillo, José María Serra, Pedro Antonio Bobea, Tomás Troncoso, Luis Belances, son los actores. Dos veces actores: en la solemne farsa y en la tragedia real que viven, rodeados de negros dominadores, desde que nacieron a la razón, y rodeados de enemigos, desde aquel 16 de julio en que juraran perecer o ser libres. Juan Isidro es el más vehemente de todos, el que se apodera más hondamente del trágico papel que desempeña. Animarle tanto ardor y entusiasmo en sus personificaciones, tan admirablemente actúa en los papeles trágicos, que siempre arranca largos y estruendosos aplausos a los espectadores, particularmente cuando representa personajes históricos como *Bruto*, el matador de César, o como *Riego*, el héroe español enemigo de Francia; o cuando en la exaltada parodia de algún tribuno que excitaba al pueblo "a la rebelión y a la conquista de sus derechos", de tal modo se identifica con esas situaciones, que llega hasta el delirio. Es un Hamlet que todavía no ha perdido la razón, o fingido su genial locura. Porque... todos somos Hamlet en potencia!

El teatro es fecunda sementera de patriotas. Divídese el elemento dominicano del haitiano; prepárase la enardecida juventud para la empresa separatista. Ni a Pérez ni a sus valerosos compañeros les amedrentan las terribles amenazas del gobernante haitiano, del General Carrié: inútilmente acusanles de conspirar y de introducir en sus representaciones teatrales diálogos y frases que tienden a subvertir el orden político. La honda de David ha lanzado la piedra y se ha clavado en la frente de los usurpadores.

En las patrióticas veladas de la Filantrópica, Juan Isidro declama uno de esos versos, pobres de gracia poética, pero cargados de alusiones contra los dominadores, que más tarde, en las tristes postrimerías de su vida, en sus lúcidas horas de evocación, recitará a su amigo Enrique



Montaño, en el hogar del anciano José de los Reyes:

Tú, Napoleón, bastardo soberano,  
tú del reino de España usurpador,  
para recuperar nuestro favor  
verás un león en cada castellano.

Teme desde hoy las iras de Vulcano,  
al ejército español, ténle temor,  
porque yo te aseguro que esta vez  
o no queda en el mundo ni un francés  
o se acaba hasta el nombre de español.

Tras de gloria al espacio te lanzaste,  
con gloria del espacio descendiste,  
más poder y más gloria apeteciste  
y en pos de gloria y de poder tornaste.

Alas te dió ambición, te remontaste,  
oh! cruel destino! Icaro fuiste,  
los cielos escalar imaginaste  
y en el abismo sin poder te hundiste.

¿Qué resta hoy del coloso de la Europa,  
jefe invencible de aguerrida tropa?  
Lanzar una mirada a Santa Elena  
tumba del héroe de Austerlitz y Jena.

Duerme en paz, hombre temido,  
duerme tu sueño profundo,  
que mientras estás dormido  
puede descansar el mundo.

Duerme en paz en tu alba cuna  
gran coloso de la Guerra,  
con tu frente allá en la Luna  
y por pedestal la tierra. (2)

El espantoso terremoto del 7 de mayo de 1842 no interrumpe los trabajos de los conspiradores, sino que les trasmite nuevos impulsos: la cercanía de la muerte hace menospreciar la vida, y la fé religiosa hace ver la catástrofe como un castigo de Dios para los desordenados opresores. ¿Qué conmoción habría en la mente de Juan Isidro Pérez, siempre abismada en la persistente idea de la separación, frente a la gran tragedia? En el cristal de su espíritu quedaría una invisible grieta, que sus próximas desdichas harían más honda y larga.

Duarte, el esclarecido fundador de la Trinitaria, sigue a la cabeza de sus resueltos legionarios, trasmitiéndoles la firmeza de sus convicciones y adiestrándolos en el manejo de las armas. Juan Isidro Pérez, que siempre es el primero en el fervor heroico profesado al Maestro, es también el más hábil en el juego de la espada de cruz, el primer espadachín. Y no le falta la oportunidad de demostrarlo. Un día, en el barrio del Carmen, él sólo se defiende de la patrulla haitiana que trata de impedir que continúe el juego de San Andrés a que estaba entregada la juventud del vecindario. Sale airoosamente del lance con la desbandada patrulla, y luego se le enfrenta a un oficial, hombre de acción, en singular combate, en el que "deja bien puesta su reputación de valiente y generoso". Cuando el alarmado Gene-

ral Carrié manda registrar la casa de los Pina, —porque le han denunciado que los conspiradores guardan allí sus armas,— Juan Isidro Pérez acude a ella, y comprometé al grupo de jóvenes que le acompaña, a poner en libertad a sus compañeros, que han de ser encarcelados si triunfa la calumnia.

Así crece, día por día, la fama del patriotismo y del valor de Juan Isidro Pérez. Ya pueden preguntarse si es un loco. En efecto, está tocado con esa mitad o ese cuarto de locura que a todos honra. Pero, ¿qué es un loco? Un loco puede ser un genio, un sabio o un héroe. "Las grandes generosidades, —dice el autor de *Manicomio*,— parecen siempre insensatas ante la razón egoísta. Cristo y Don Quijote no fueron razonables. Toda santidad, toda heroicidad, tiene un viso fulgurante de enagenación, y toda tristeza no resuelta en actos está próxima a esa forma leve de locura llamada neurastenia. La locura se asemeja a los venenos curativos: un milígramo puede salvar, un centígramo basta para perder. Cuando los dioses, por descuido o maldad, alteran la dosis, el drama sobreviene. Por eso el dictado de loco no puede rechazarse como una ofensa; es preciso ser algo loco".

Llega el año de 1843. Como en Haití se conspira contra Boyer, Duarte halla propicia la situación para contribuir, en connivencia con los revolucionarios haitianos, a la caída del viejo Dictador, derrocado muy pronto por la revolución iniciada en Praslin a fines de enero. En la tarde del 24 de marzo se dá en Santo Domingo el grito de *Reforma*, el pronunciamiento contra el gobierno boyerista: Juan Isidro Pérez es de los más resueltos conspiradores y de los que prestan más activo y eficaz concurso, lo que le vale que le designen, por aclamación, Capitán de una de las compañías de la Guardia Nacional; y él se aprovecha de ello para promover, entre la oficialidad dominicana, el proyecto de designar a Duarte Coronel Comandante de la Guardia, en hostil oposición al candidato señalado por los oficiales haitianos. Pero los planes de los *duartistas* quedan frustrados frente a las tendencias antiliberales del nuevo gobierno de Haití, a cuyo triunfo contribuyeron, lo que les impulsa a enfrentárseles, con resolución inquebrantable, por encima de la discordia y de la intriga, en las bregas políticas y en las contiendas electorarias que le dieron popular renombre a los *duartistas*, particularmente a Duarte, Sánchez, Mella, Pina y Pérez. Desde entonces, desde ese momento decisivo de la causa separatista, extranjeros y dominicanos reconocieronles como los principales caudillos de la revolución.

La conspiración fraguada y animada por Duarte no es un misterio para las autoridades de Puerto Príncipe. Charles Herard se presenta entonces, a la cabeza de poderoso ejército, en la parte española de la Isla. Viene por el Norte, encarcelando a su paso a distinguidos próceres, sin que logren salvarse de su saña ni ancianos ni sacerdotes. Al llegar a Santo Domingo, el 12 de julio, iníciase violenta persecución contra Duarte, Sánchez, Mella, Pina y Pérez, cuyas cabezas han sido puestas a precio. ¡Cuántas peripecias las de los patriotas! Corren, sigilosamente, de

(2) Debo estos versos a la bondad de mi distinguido amigo el Dr. Alcides García Ll.



escondite en escondite. De noche se reúnen, bajo el angustioso silencio de la ciudad, en la plaza del Carmen, por las murallas del Angulo, en casa de Narciso Sánchez. Cada uno se oculta en un lugar distinto. Duarte, donde Luciano de Peña; Pina, en casa de Dolores Puello; Sánchez, en su propio hogar; Juan Isidro, en casa de José Arias. Sus perseguidores no descansan. Duarte y Pina cambian de asilo, van a ocultarse donde Manuel Hernández, y allí se les reúne el leal Juan Isidro. Pronto descubren el asilo de los próceres: Duarte y Pérez se dirigen entonces a la Plaza de San Lázaro, donde Jaime Yepes. El primero pasa al hogar de Eusebio Puello, y el segundo donde Juan Arriaga. Los soldados de Herard extreman la persecución, mientras los perseguidos continuamente mudan de refugio. Por último, el 2 de agosto, después de inenarrables angustias y peligrosos traíces, Duarte, Pina y Pérez saltan las murallas de la ciudad y se embarcan en un velero que les conduce, por vez primera, al ostracismo.

El día 10 de agosto llegan a Vieques, el 23 a la Guaira, luego a Caracas. La esgrima es el útil pasatiempo de los nobles desterrados. El 13 de septiembre Duarte queda en la capital venezolana mientras Pina y Pérez pasan a Curazao, donde estarán en relación más próxima con los patriotas de Santo Domingo. Desde allí, el 19 de noviembre, Pina le escribe a Duarte y le habla de los progresos del "partido duartista, que recibe vida y movimiento de aquel patriota excelente, del moderado, fiel y valeroso Sánchez". "Pérez y yo, —dice Pina—, conservamos intacto el dinero de nuestro pasaje... De suerte que puedes contar con dos onzas..."

El 27 de noviembre, Pérez le escribe a sus compatriotas José Patín y Prudencio Diez, que se hallan en Caracas. Es una carta que habla por sí sola del patriotismo, del carácter, de la nobleza de alma y de la abnegación de Juan Isidro Pérez:

Curazao y Noviembre 27 de 1843.

Señores José Patín y Prudencio Diez,  
Caracas.

Mis amantísimos: Supongo habrán Vs. recibido ya mis cartas de la Guaira, anunciándoles mi partida de aquel puerto. Tuvimos una navegación pronta y feliz. Aún no nos habíamos desembarcado cuando supimos habían llegado de Santo Domingo las Lavastida que van para la Habana. En efecto tuvimos el gusto de ver estas compatriotas y saber de nuestras familias que nos escribieron con ellas.

En conformidad con lo que les diga Freites, que es el conductor de esta, espero que Vs. venderán sus relojes, Juan Pablo el suyo y su cadena, mi paisano Mariano sus hebillas de los breteles pudiendo contribuir con más, a fin de que no deje Juan Pablo, por falta de dinero, marcharse inmediatamente a verse con su familia; así lo exige el honor.

No puedo menos que insertar aquí la

noticia de la gravedad del padre de Duarte, y de su hermana Rosa; me lo ha escrito mi familia.

Así, Señores, ¿para cuando reservan los sacrificios? No me detengo en encarecer esto, porque ofendería demasiado; pero no puedo resistir y decirles, que el espreso debió haberse puesto cuando lo propuse. Don José Diez también está muy malo: dicen que la pena de ver atropelladas las hermanas de Duarte, está acabando con él.

Por ahora Vs. tengan la bondad de decir a todas las mujeres que nos dispensen, pues tenemos mucho que tratar y que reflexionar...

Yo no pienso ir al norte, y he resuelto quedarme aquí aguardando a Juan Pablo, en la inteligencia de que si él no vuela, no nos encuentra aquí.

Compatriotas, espero en Vs.

Juan Pablo, puede además conseguirse dinero prestado, pues tiene fincas en Santo Domingo.

Tengo mucho que escribir y tengo la cabeza caliente.

Adios, Juan Io. Pérez.

P. D.— Paisano Patín: nuestro paisano Núñez... bueno, tengo el mejor concepto de él, y estoy seguro que facilitará a Juan Pablo todo lo que necesite para su traslación.

Prudencio: E. Acosta, Justo Reyes, Luis Correa, y otros también son filántropos. Vale (3)

"Tengo la cabeza caliente", dice Juan Isidro. La tiene tan llena de nobles pensamientos, de patrióticas meditaciones, que un sublime ardor la invade, como la luz que al pasar por un cristal de aumento se convierte en llamas. ¿Es éste un síntoma de la fragilidad o del debilitamiento de su cerebro? Quizás. "En tanto que no hacemos más que obrar, —dice Leonardo Williams—, nuestro bienestar y nuestra seguridad están asegurados: cuando empezamos a reflexionar es cuando nos acercamos al peligroso límite de lo superhumano". Pérez comienza a reflexionar, ya empieza a acercarse al límite de lo superhumano, a ese breve espacio que hay entre lo excelso y lo ridículo, entre la razón y la locura.

En el mes de diciembre, que los próceres Francisco del Rosario Sánchez y Vicente Celestino Duarte luchaban porque fuese memorable, Juan Pablo Duarte sale de Caracas rumbo a Curazao. Allí le abrazan Pina y Pérez, y quedan juntos, en la solitaria isla, áncora de salvación de los naufragos de la política dominicana, mientras Sánchez, Mella, Puello, Jimenes y demás compañeros, aunados con Tomás Bobadilla y Remigio del Castillo, proclaman la República. Duarte, Pina y Pérez no tienen el ansiado goce de estar presentes en la Puerta del Conde en la fausta noche de febrero. Están allí, en el triste peñón, en

(3) Letras y Ciencias, Santo Domingo, No. 47, 27 feb. 1894.



mo si hubiesen prendido una luz desde la sombra.

La Junta Central Gubernativa, el gobierno instaurado en la Puerta del Conde, se apresura a disponer el retorno de los próceres y con ese objeto se hace a la vela *La Leonor*, el 1º de marzo, capitaneada por Juan Alejandro Acosta, llevando a su bordo al trinitario Juan Nepomuceno Ravelo, quien tiene el encargo de darles la gran noticia y de reintegrarlos a la Patria.

**La Leonor!** Arcanos del destino! Otro velero del mismo nombre, 40 años más tarde, traerá de Venezuela, a la tierra natal, los venerandos restos de Juan Pablo Duarte.

*La Leonor* llega a Curazao el 5 de marzo, luciendo en el palo mayor la enseña dominicana, que por primera vez flota sobre el mar, y Pina y Pérez toman un bote y corren hacia el buque donde abrazan a Ravelo y a Acosta, de quienes oyen, emocionadamente, la estupenda noticia. Duarte los espera en la playa. Qué júbilo más hondo debió agitar su espíritu! Tras larga y dolorosa gestación, al padre ausente le ha nacido un hijo, flor de su alma, de la que sólo recogerá la corona de espinas que lucirá su frente.

El 8 de marzo, Duarte, Pina y Pérez salen de Curazao con algunas armas y pertrechos, y llegan al Ozama el día 14. El pueblo, el gobierno, los amigos, las familias de los próceres, les dan inusitada bienvenida. Duarte ocupa en el acto el asiento que se le ofrece en la Junta Gubernativa, y a la vez que atiende a los urgentes reclamos de la guerra, se empeña en destruir los planes de los **afrancesados**. En esta ingrata y árdua labor política le acompaña, con su acostumbrada decisión, el leal Juan Isidro Pérez.

Duarte y sus adictos están enfrentados a Bobadilla y a sus acólitos. Estos cuentan con dos fuerzas poderosas: Pedro y Ramón Santana, y el Cónsul de Francia, Eustache de Juchereau de Saint Denys. Duarte cuenta con la juventud y con "el verdadero pueblo" de Santo Domingo, que es siempre la más noble pero la más desvalida porción del pueblo.

El 26 de mayo es un día de intensa lucha. Bobadilla, el sagaz creador de Santana, acompañado por su lugarteniente Caminero, promueve una reunión, a la que asisten los representantes del gobierno y de la sociedad dominicana; y pronuncia en ella el memorable discurso en que hace pública la combatida resolución del 8 de marzo, relativa al Protectorado francés, así como los nuevos planes que medita. Duarte, Pérez, Pina, el Dr. Valverde, protestan de la declaración de Bobadilla y juran sostener por encima de todo, sin limitación alguna, la autonomía de la República cuya libertad había sido asegurada en los combates. En este día, el triunfo es de Duarte. Ya reina la discordia y el odio entre los próceres. Pero es necesario que la protesta **duartista** vaya más lejos para que sea efectiva y eficaz, y para ello sólo queda el camino de la violencia.

El 9 de junio, el 18 **Brumario dominicano**, como lo llama Saint Denys, Duarte y sus compañeros más resueltos se reúnen en *La Fuerza*, donde están las tropas acuarteladas; ordenan la prisión de los principales **afrancesados**; Bobadilla y Caminero corren a ocultarse; Buenaventu-

ra Báez, Manuel Joaquín Del Monte, Francisco Xavier Abreu y Francisco Ruiz se asilan en el Consulado francés. Duarte y Joaquín Puello, a la cabeza de sus más adictos, se dirigen en actitud hostil al Palacio de la Junta Gubernativa, y en nombre de las tropas y del pueblo se imponen en ella; expulsan de su seno a Bobadilla y al Dr. Caminero, y en el acto los sustituyen Pedro Alejandro Pina y Juan Isidro Pérez. Sánchez asume la Presidencia y Pérez se encarga de la Secretaría de la Corporación.

Bobadilla y Caminero, siempre juntos, ahora como en los pasados tiempos en que servían a los dominadores, no quedan impasibles. Cuentan con Santana para derrocar la Junta y recuperar la perdida autoridad. El 3 de julio tiene lugar en Azua la insubordinación del Ejército del General Santana contra las disposiciones de la Junta; y al otro día, en Santiago, Mella proclama a Duarte Presidente de la República.

La situación de la Junta se agrava por momentos, frente a la alarmante noticia de que Santana viene, con sus tropas, hacia la consternada ciudad de Santo Domingo. Son inútiles los esfuerzos de Pina y Pérez para oponerse a la entrada de Santana. El día 12 de julio, el hatero vencedor de Riviere traspone los muros de la vieja ciudad; en la mañana del día 13 el Ejército le proclama Jefe Supremo de la República, dictadura que él rechaza en su proclama leída al otro día en la Plaza de Armas, entre las aclamaciones de sus exaltados partidarios.

La escena del día 15 es la más dramática de todas. En ella hay un hombre que se le enfrenta personalmente a Pedro Santana, en la hora culminante de su ilimitado poderío. Un joven filorio, de 27 años, contra un fornido hatero de 44, inopinadamente convertido en caudillo y en héroe. Sólo un loco es capaz de semejante audacia; pero sólo un cuerdo, el de más claro juicio, es capaz de comprender y de apoderarse del móvil de esa acción, de las causas que hacen deseable la muerte de Santana. Juan Isidro Pérez es ese loco; y también ese cuerdo de iluminado juicio.

Acompañado por su Estado Mayor, Santana se dirige a la Junta Gubernativa a notificarle su reorganización. No bien está en el Palacio cuando Juan Ruiz, furibundo santanista, y Juan Isidro Pérez, se increpan duramente y desenvainan sus armas. Santana corre a interponerse entre ellos y a restablecer el orden, cuando Juan Isidro Pérez se abalanza sobre él y le grita amenazante:

**Si Roma tuvo un Bruto, Santo Domingo también lo tiene.**

Juan Ruiz, "el pregonero más escandaloso de la jornada", cobardemente azuza contra Pérez a la turba santanista que le vá encima machete en mano, pero él se salva gracias a la agilidad con que sabe defenderse de los tajos y reveses que le lanzan, y a la valiente y oportuna intervención de Felipe Alfau y de Juchereau de Saint Denys.

Saint Denys, el más idóneo testigo del incidente, deja fiel memoria de ello en su patética relación escrita catorce días después:

El 15 en la mañana el General Santana, con todo su estado Mayor, se dirigió a la Junta... Algunas palabras



bastante vivas fueron cambiadas entre uno de los miembros de ese Cuerpo, ilegalmente nombrado desde el golpe de estado del 9 de junio, el Señor Juan Isidro Pérez, y el Señor Juan Ruiz, partidario de Santana. Ambos se amenazaron con sus armas. El primero se olvidó de sí al punto de faltar personalmente al General Santana quien quería restablecer el orden... El Señor Juan Isidro Pérez, a quien arranqué, con peligro de mi vida, de una muerte cierta, pasa por **el enemigo más encarnizado de Francia**. He aquí algunos detalles de ese hecho: en el momento del altercado entre los señores Pérez y Juan Ruiz, algunos oficiales del General Santana, creyendo en un complot organizado, y pensando que se atentaba contra su vida, salieron precipitadamente de la Junta hacia la plaza gritando: **a las armas, a las armas; asesinan a Santana!** Yo atravesaba la Plaza para dirigirme a casa de mi canciller, que estaba enfermo, en el momento en que eran proferidos esos gritos. Algunos minutos después vi al General Santana sin sombrero y empujado por su Estado Mayor que le formaba como una muralla, dirigirse hacia el Altar de la Patria y pronunciar allí algunas palabras tranquilizadoras que eran ahogadas por los gritos de **a las armas, a las armas**, que salían de todas partes. En un instante, la Plaza y las calles vecinas estuvieron llenas de seybanos que corrían en desorden a vengar a su general a quien creían asesinado. Sin comprender en nada esos gritos y ese desorden imprevisto, me acerqué al General Jimenes, Comandante Superior del Distrito, a quien vi en la puerta del mismo Palacio de la Junta, en medio de los negros a los cuales está confiado ese puesto y que ya habían tomado las armas. El General Jimenes me habló de lo que acababa de pasar y me obligó a retirarme. Iba a seguir su consejo cuando vi dirigirse hacia mí, a la carrera, al General Felipe Alfau, sable en mano, y protegiendo, con riesgo de su vida, a un joven que los seybanos querían despedazar: era el Señor Juan Isidro Pérez. El coronel Alfau, que estaba en vano de abrirse paso hacia el Consulado, me rogó en voz alta tomar a ese joven desgraciado bajo mi protección, lo que hice sin vacilar, llevado por un natural sentimiento de humanidad, tomándolo por un brazo. Mi situación era crítica: sin insignias, desconocido por esos furiosos llegados a la ciudad desde la víspera solamente, me encontraba rodeado de bayonetas, de sables, de pistolas. Mi título de Cónsul de Francia, que yo declinaba, no me hubiera sacado de este mal paso si la casa consular hubiera estado un poco más lejos.

Ayudado por el Coronel Alfau, logré milagrosamente salvar la vida a ese joven, haciéndole una trinchera con mi cuerpo, hasta el Consulado. Me preguntó aun como pudimos salir sin desgarraduras de ese círculo de bayonetas que nos rodeaba. Nuestra buena serenidad y nuestra abnegación se impusieron, sin duda, a esos hombres exasperados a quienes sus propios jefes excitaban contra nosotros, no habiéndome ellos reconocido en mi traje de mañana. Puesto el joven en lugar seguro, inmediatamente me dirigí a la Fortaleza cerca de Santana para darle cuenta de lo que había pasado y a inducirle a hacer acuartelar las tropas para evitar efusión de sangre, lo que era inminente en medio de tal desorden. Traté también de presentarme en los puntos principales para tranquilizar al público que creía que yo había sido asesinado junto con Santana. No fué sino después de algunas horas que la tranquilidad se restableció enteramente. Toda la ciudad estaba en armas y por todas partes se pedía la cabeza de Pérez y la del traidor. El Señor Pérez pasó en mi casa el resto del día y la noche; y al otro día, ayudado por el Comandante del Brick **Euryale**, le acompañé solo abordo de ese barco, en medio de los mismos hombres que la víspera querían su cabeza y a quien en ese momento no reconocían. (4)

Gracias a Saint Denys, Juan Isidro Pérez, el **más encarnizado enemigo de Francia**, está en el Euryale a salvo de las irrefrenables hordas de Santana. El Jefe Supremo y el temible Don Tomás Bobadilla ocúpanse ahora en imponer su autoridad en el Cibao, por encima de Duarte y de Mella, lo que han de lograr sin mayores esfuerzos, validos de la preponderancia del elemento militar adicto a Santana y del patriótico empeño de Duarte de no conservar la desdichada Presidencia, a costa de sangre hermana, que él hiciera derramar a torrentes si no tuviera conciencia de su mesiánico destino.

A bordo del **Euryale**, en el tranquilo Ozama, ¡cuántos pensamientos turban la mente de Juan Isidro Pérez, conmovido por tan tremendas luchas! La Patria, objeto de sus largos desvelos, está en manos de sus crueles enemigos, mientras sus infortunados compañeros yacen en vil encierro, cargados de cadenas, como si la que ellos rompieran se anudara de nuevo para venganza del hierro inanimado, gozoso del drama de los nobles patricios, de su frustrado ensueño.

Pérez no ignora la funesta situación de Duarte, allá, en las acogedoras faldas de Isabel de Torres, llevado a indigna prisión por el ensañado Pedro Ramón de Mena, junto con otros próce-

(4) El original de ese documento, inédito, se halla en el Archivo del Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia. (Traducción del francés).



res, en cumplimiento de las disposiciones de Santana.

Cuando va mar afuera el barco que lo lleva al destierro, a Saint Thomas, Pérez amenaza al Capitán con sumergirse en el mar si no lo desembarca en Puerto Plata. El atemorizado marino así lo hace. Al llegar a la ciudad norteña, Pérez corre a abrazar a Duarte, y le dice:

**Sé que vas a morir, y cumpliendo mi juramento, vengo para ir a morir junto contigo.**

El no niega, como Pedro al Divino Maestro, a su Maestro en desgracia. Allí lo encarcelan junto con él y luego los remiten a Santo Domingo, bajo segura escolta.

El 24 de julio la Junta Central Gubernativa, presidida por Santana, desconoce a Duarte como Presidente de la República, y el día 22 de agosto hace pública la draconiana resolución que declara traidores e infieles a la Patria y que condena a perpetuo destierro a Juan Pablo Duarte, Ramon Mella, Francisco del Rosario Sánchez, Pedro Alejandrino Pina, Gregorio del Valle, Juan Evangelista Jiménez, Juan José Illas y Juan Isidro Pérez. A Pérez y a Pina los acusan de que, en el momento de aproximarse el ejército de Santana a los muros de Santo Domingo, el 12 de julio, inútilmente instaron al General Joaquín Puello a que saliese con los cañones y con las tropas que se hallaban acuarteladas, para oponerse a la entrada de Santana, "habiendo sido notorio que en la Puerta del Conde se le abocaron los cañones cargados de metralla". Nadie sospecha que Juan Isidro Pérez es un loco en potencia; porque a un loco no se condena ni se destierra. El es una luz invisible, un resplandor muy alto para iluminar el caos. Sus actos no son actos morbosos, sino actos de hombre, en el sentido heroico de la palabra; son manifestaciones del patriotismo, del verdadero patriotismo, que es un modo de locura.

Más que esa cruel resolución, piden los sicarios de Santana. Piden la cabeza de Duarte y la sangre de sus adictos. Abajo la Junta! Viva el General Santana, Jefe Supremo! grita el General Abad Allau. Abajo los filorios!, vocifera el Coronel Machado. Y a éste grito responden como jamás se ha respondido a una infamia: desde éste día, las jóvenes **duartistas** llevan en sus cabellos una flor blanca: ¡la **filoria!**

El día 2 de septiembre, en la goleta de guerra **Separación Dominicana**, llegan al Ozama los prisioneros de Puerto Plata: Duarte, Juan Isidro Pérez, Juan Evangelista Jiménez y Gregorio Delvalle. Por entre dos filas de soldados los conducen a oscura prisión. En la Torre del Homenaje los cargan de viles hierros, y el día 10 de septiembre arrojan de la tierra natal a Duarte, Pérez, Félix y Montblanc Richiez, hacia el distante y frío Hamburgo. Otros próceres y compañeros de Duarte corren semejante destino.

Los proscritos llegan al helado Hamburgo el 26 de octubre. Duarte se hospeda en la modesta **Schifferhaus**, la Casa de Marineros de Georg Friedrich Shultz, frente al puerto, en la vieja calle de Erste Vorsetzen.

Tan frecuentes y hondas impresiones han tur-

bado de tal manera el espíritu de Juan Isidro Pérez, que, no obstante los ruegos y consejos de sus compañeros de viaje y de infortunio, se resiste a descansar de las fatigas y penalidades de la larga travesía, y a los tres días de haber llegado a Hamburgo se embarca de nuevo en otro barco de vela que zarpa en ese instante para Saint Thomas. El patriota quiere estar cerca de su Patria; quiere "llenar con la proximidad de la Patria el vacío que la ausencia de ella ha abierto en su lacerado corazón". Esa preocupación de su espíritu es capaz, por sí sola, de desconcertarle y de ponerle delirante. La exaltación, la ausencia de sueño, se han apoderado de él, y en esas circunstancias no puede haber circunspección, ni tino, ni prudencia. ¿No es él, sin embargo, el que tiene más tino, al huir bien pronto de la fría ciudad que está a punto de ser azotada por crudo invierno?

Las mismas ansias, las mismas pesadumbres que le afligieran en la ciudad hanseática, invaden su corazón al llegar a Saint Thomas y le impulsan a seguir viaje hacia Curazao, donde encuentra a otro compañero de proceridad y de desgracia, a Francisco del Rosario Sánchez, cuyos padecimientos acrecientan los del sensible Juan Isidro. Muy pronto emprende repentino viaje a Maracaibo, donde le espera, no el reposo que ha menester su agitado espíritu, sino la funesta impresión que ha de trastornarle para siempre. "¿Por que caminos —dice Hernández Catá,— se llega a la locura? ¿Cómo se estrema el alma antes de romper las amarras para lanzarse a ese universo nuevo? Un choque de la materia o de la sensibilidad puede determinar la locura en cualquiera de los puntos de su gama infinita".

Celébrase, en Maracaibo, una de esas animadas fiestas de barrio tan comunes en los pueblos americanos. Al desembarcar, tropieza Juan Isidro con una alegre multitud que va por las calles de la ciudad con música y banderas desplegadas, repitiendo un estribillo: **para el desgraciado todas son disposiciones**. Encaprichase Juan Isidro de que ésta es una alusión a su persona, que le anuncia su fatal porvenir, y se acobarda de tal modo, que huye del mal recibimiento que según su perturbado juicio acaba de recibir en la Reina del Lago; dirige sus errantes pasos por la ruta de Curazao hacia el Oriente de Venezuela, "resuelto a alejarse lo más que le fuera posible de los lares patrios; pero cuando llegó a Cumana ya no sabía darse cuenta de lo que pasaba: estaba loco! (5)" Era su fantasía que, distorsionada, se convertía en locura. Una sola impresión bastó para otorgarle el don de la palabra al hijo del poderoso Creso; una sola impresión basta para que el noble patricio dé la primera señal de su demencia. Las tremendas sensaciones sufridas por Juan Isidro Pérez, hijas de su exacerbada pasión por la Patria, no son en él superficiales, sino tan hondas que han ido penetrándolo hasta llegar a la razón, "infeccionándola y

5) J. G. García,— Juan Isidro Pérez. Revista Panfilia, Núms. 14-15, Santo Domingo, enero-febrero 1924.



corrompiéndola". Sin embargo, la conciencia, que puede alterarse y pervertirse en el desarrollo de las enfermedades mentales, ni se pervierte ni se altera en este loco. Es tan pura que resiste todas las transformaciones del organismo que la contiene; todas las crisis que bastarían por sí solas para aniquilarla por completo. Como ante el loco Torcuato Tasso, el inmortal poeta, Montaigne podría exclamar: "Ved la mutación que ha experimentado por su propia agitación uno de los ingenios más juiciosos... ¿No tiene que estar reconocido a la vivacidad que le mató? ¿A la claridad que le cegó? ¿Al acertado y constante ejercicio de las facultades que le dejaron sin razón? ¿A la rara aptitud para los ejercicios del alma que le dejaron sin alma ni ejercicio?" Cuando Cervantes se compadece de su propia creación, del loco hidalgo de la Mancha, exclama: "siempre las desdichas persiguen al buen ingenio". Eso es Juan Isidro Pérez, el buen ingenio de las luchas patrias, cuya inseparable sombra es la desgracia.

Afortunadamente, Juan Isidro está en "plazas hospitalarias, como han sido siempre las venezolanas para los desterrados dominicanos, y nunca llegó a faltarle el pan, ni a echar de menos las consideraciones a que le hacían acreedor, no sólo los timbres de su glorioso pasado, sino también lo sublime de la desgracia que le abrumaba."

Ya es un loco el desdichado prócer. En sus horas de clara lucidez le escribe a Duarte, —que desde fines de 1844 está en Caracas, no muy lejos de Cumaná,— y le trasmite noticias de Santo Domingo, nó sin dejar de referirse con amargo despecho a Bobadilla y a Manuel Joaquín Del Monte, implacables adversarios de los duartistas:

Cumaná y septiembre 25 de 1845.

Mi apreciado Juan Pablo:

... Dos o tres meses permanecí en Curazao, en compañía de Francisco Sánchez y de P. Pina; de allí te escribí una carta con Miguel Umeres, que si la recibiste habrás pensado lo que conviniera. Mi estada, en Curazao, no tenía otro objeto que observar la marcha de la revolución, digo mal, allí permanecía involuntariamente, sin saber para donde tirar; pues en Carácas había estado el año 43, y baste decir esto. Al fin resolví venirme a Cumaná casa del Coronel Juan José Quintero. Como tú sabes yo había conocido a este Señor en Santo Domingo, sabía que era hombre decente y que sus facultades le permitirían protegerme.

... Sufro sin embargo, amigo: porque después de haber perdido la juventud en nuestro país, me desespero por tener casa y demás medios para poder subsistir en la expatriación con aquella honradez, digna de buenos dominicanos: mal que le pese a Don T (omás) B (obadilla) y Don M (manuel Joaquín D (el Monte)...

Cerca de tres meses estuve en Cura-

zao; y durante este tiempo llegaban a mí noticias del estado de Santo Domingo: paréceme que las cosas han variado mucho allí; y tanto que ya sabrías como se atentó a la vida de Felipe Alfau... porque esta reacción a cuya cabeza dizque estaba M. Mora tenía por objeto matar...; otras cosas también sabía del azaroso J (oaquín P (uello) que me convencía de un pronunciamiento de clases, al mismo tiempo que advertía la energía del Gobierno; y creeré que si han fusilado a M. Mora, bien podrá echar las suyas en remojo el niño P (uello); lo siento por G (abino Puello), que es de excelente condición...

Nuestra conciencia, nuestra honradez y la patria, paréceme nos impone el deber de sufrir hasta tanto brillen días más serenos; yo a lo menos así lo pienso, y creo que tú pensarás del mismo modo. Sin embargo, yo estoy a tus órdenes, nunca pienses nada sin hablar conmigo; que si me ha faltado juicio, puede que en lo sucesivo me sobre un tantito.

Adios, Juan Pablo: cópiamele esta carta a tu buen hermano Vicente para que la reciba por suya; y reitérale la amistad con que me suscribo tu compañero de infortunio. Jn. I. Pérez. (6)

Por encima de las imprecisas señales de su demencia, ahora resplandece con más fuerza la vivacidad de su razón, la hondura de sus juicios, más tierna su piedad, más humanos sus odios, más profunda su devoción por el Maestro. Juan Isidro le escribe el 25 de diciembre de 1845. La carta de este loco, su testamento moral, está animada por un soplo extraterreno; una intensa claridad la baña en ondas de júbilo y dolor, de melancólica piedad y de justicia. En el drama de Juan Isidro Pérez, esta carta equivale al monólogo de Hamlet, pero no es "un momento de suprema anarquía del espíritu", sino de suprema lucidez:

Cumaná i diciembre 25 de 1845.

Señor Juan P. Duarte y Oiez.

Juan Pablo, amigo, tu carta del 15 del mes que espiró, me fué entregada por Cesáreo Prado ayer que llegué del campo, en donde he pasado mas de un mes, en compañía del coronel Juan José Quintero.

La lectura de casi toda tu muy agradable, me trasportó de júbilo, al verte juzgar del estado actual del país del mismo modo que he juzgado yo i juzgo aún; i esto te lo probará el tenor de ésta, si bien el de mi anterior, algo confuso e inesplícato, pudo hacerte creer de mí lo que no ha pasado, ni pasa, ni pasará nunca por mis cabellos. Empero, Juan Pablo, si fué grande mi contento al leer casi toda tu carta, las últimas líneas de ella, en que hablas de

la situación de Uds. me ha contristado de tal manera, que en vano me propondría ser alegre i grande en mi carta; porque mi aflicción excede a las pocas reflexiones de filosofía i religión que ocurren a mis mientes. No obstante, voi a hablarte de mí nuevamente, i de mi modo de ver el actual estado de cosas de nuestro país.

Ni mi edad ni mis padecimientos por la revolución dominicana, ni mi indole; todas estas cosas, no habiendo podido precaverme de la suerte que sufro inicuaamente, parece que el hado adverso como que se ha valido de ellas para hacerme padecer agudas y tremendas penas. Cuando pienso i reflexiono en mi edad i circunstancias, discurro: Qué conceptos se formará de mí, de un joven espulso a perpetuidad de su país natal? Ideas, en verdad, bien afflictivas, Juan Pablo, porque tu sabes el cálculo y graduación que se hace siempre de la suerte del hombre... Empero, tú conoces mi alma. Estos pensamientos son los que atacan en estos momentos mi existencia. Pues bien, Juan Pablo, la religión debe superarlos todos, i ella me proporciona el alivio, derramando un bálsamo de consuelo en mi conciencia, que me recuerda no haber deseado toda mi vida sino la libertad, felicidad i ventura de nuestra idolatrada patria. Ella me recuerda que el bien de este objeto fué nuestro único móvil, nuestro único interés; ella me recuerda, en fin, no haber odiado a nadie; y sólo si he aborrecido a aquel o aquellos que, a mi modo de ver, han conspirado siempre contra nuestra idolatrada patria. I este raciocinio me ampara dichosamente; con cuánta mas razón no deberá este mismo discurso hacerte sobrellevar filosofica i cristianamente la situación de Uds. todos? Tú puedes decir como Napoleón: "los hechos brillan como el sol."

Sí, Juan Pablo, la historia dirá: que fuiste el Mentor de la juventud contemporánea de la patria; que conspiraste, a la par que tus padres, por la perfección moral de toda ella; la historia dirá: que fuiste el Apóstol de la Libertad e Independencia de tu Patria; ella dirá: que no le trazaste a tus compatriotas el ejemplo de abyección e ignominia que le dieron los que te expulsaron cual a otro Arístides; i, en fin, Juan Pablo, ella dirá: que fuiste el único vocal de la Junta Central Gubernativa, que, con una honradez a toda prueba, se opuso a la enagenación de la península de Samaná, cuando tus enemigos, por cobardía, abyección e infamia, querían sacrificar el bien de la patria por su interés particular. La oposición a la enagenación de la península de Samaná, es el servicio mas importante que

se ha prestado al país i a la revolución.

Vive, Juan Pablo, i gloríate en tu ostracismo, i que se gloríen tu santa madre i toda tu honorable familia.

.....  
.....

No puedo mas. Mándame a decir, por Dios, que no se morirán Uds. de inanición: mándamelo asegurar; porque esta idea me destruye. Nada es sufrir todo jénero de privaciones, cuando se padece por la patria, i con una conciencia tranquila; mándame asegurar, en tu primera carta, que no perecerán de hambre!!!....

En aquella ciudad, (Curazao) mi querido Juan Pablo, sufría inauditamente con la vista del benemérito i desgraciado Francisco Sanchez, quien, apesar del tremendo golpe que recibiera en nada manifestó la menor alteración hacia tu amistad. Nunca creo será tarde para que le escribas a tan buen amigo i contribuyas con esto a aliviar un tanto el intenso i acerbo dolor de esta víctima....

Se me olvidaba decirte que el senador Linares ha levantado su potente voz en favor nuestro. Pluguiera al cielo operar una fusión de todos los partidos, sin que se interrumpiera la marcha de nuestra revolución, a fin de dejar afianzada para siempre la hermosa República Dominicana!

El tiempo i la experiencia son los dos mas grandes maestros del hombre. Feliz aquel que en la primavera de la vida padece los trabajos que sufrimos sin pervertir su corazón! Esta reflexión me la aplico a mí, que, a fuer del infortunio, me confirmando en odiar a los enemigos de mi Patria, por cuya felicidad i ventura elevo votos al cielo.

Tu invariable i reconocido amigo,  
**Juan I. Pérez de la Paz. (7)**

Tal es el singular estado de alma de Juan Isidro Pérez, en cuyas tribulaciones hay serenidad bastante para juzgar mejor que nadie, — anticipándose al veredicto de la historia, — la patriótica labor de Duarte en oposición a los proditorios planes de Bobadilla. Sin embargo, el hombre que siente y piensa así es un loco. ¿Cuál es la parte de su razón que está oscurecida? Su actitud moral es la misma de siempre. Es una razón que en supremos instantes concentra en sí toda su luz, y que se apaga; como la ola que crece y se corona de espumas antes de romperse.

Cada día se acrecienta aún más la filial devoción de Pérez por su Maestro y compañero de ostracismo; y como si su espíritu deseara aligerarse de su carga de amor, le escribe a Duarte, siempre con el mismo fervor y con las mismas ansias de días más serenos para la Patria y para sus atormentados corazones:

(7) Letras y Ciencias, No. 47, Santo Domingo, 27 feb. 1894.



Cumaná y Febrero 26 de 1846.

Mi nunca bastante querido amigo:

En este instante Juan Pablo, que contesto tu inapreciable del 23 de los corrientes, me encuentro rodeado de algunas ocupaciones aunque muy sencillas; y esto y el cúmulo de sensaciones que afectan mi alma, impiden escribirte muy largo; pero basta decirte, Juan Pablo, que el tenor de tu última carta me ha hecho respirar un poco más tranquilo por tu suerte; y a Dios elevo fervientes votos porque tengas feliz éxito en tus empresas mercantiles...

Respectivamente a la generosa correspondencia tuya por el cariño que te consagro, debo manifestarte que Juan I. Pérez, si no es hombre justo, tu sabes que el espíritu de justicia ha animado siempre su débil existencia; y cualquiera demostración mía hacia tí, de alta consideración y amor entrañable, de ningún modo merece la más mínima retribución tuya; porque a tí se te debe de justicia; si mi querido Juan Pablo, de justicia.

A mí el infortunio no me abate nada, absolutamente nada: el alma nuestra padece otro género de pesares; y así al tenor de tu última carta nada más te contestaré; que je suis content de vous. Tú, Juan Pablo, atropellado por la fortuna, subrás empero conservar serenidad! Esta es tu obligación, pues la historia de nuestro país contempla las acciones tuyas en tu ostracismo.

Mi conducta ha de ser irreprehensible como la tuya; y esto lo opongo al infortunio, muy esperanzado en que el Todopoderoso ha de poner término a nuestros actuales sufrimientos.

Adios, Juan Pablo, sé feliz, que tu dicha alivia la suerte mía; bien que ella no es mala. Reitera a tu santa madre y tu honorable familia los sentimientos de alta consideración y respeto de tu invariable, afectísimo y reconocido amigo, Jn. I. Pérez. (8)

Algunos meses después, nuevamente le escribe a Duarte desde el hospitalario hogar del Coronel velezolano Juan José Quintero, a quien dedica enternecedores conceptos de gratitud. Como en su carta del 25 de diciembre de 1845, otra vez hace el elogio del "único vocal de la Junta Central Gubernativa" que se opuso a los lesivos planes del Protectorado francés. Al escribir, sobre su razón descenden las sombras que la oscurecen, y él mismo confiesa que concluye su carta porque su "alma se quiere ya afectar"; su alma, que es la parte sensible de su ser, blanda y débilmente vulnerable a su demencia de pasión:

Cumaná y Julio 26 de 1846.

Mi nunca bastante amado Juan Pablo:

....Acojido por el Sr. Juan José Quin-

tero como hijo, hasta hoy permanezco casa de mi honorable bienhechor: tanta es la benevolencia, la decencia y generosidad de él y de toda su familia en general, que nuestra delicadeza nada sufre por el luengo tiempo que llevo de permanencia en esta casa. Oh Juan Pablo, a adoptar por Padre y atender primero al Coronel Juan José Quintero, que a los autores de mis días, me fuerzan las circunstancias, que quisieron crear aquellos buenos dominicanos, de quienes nada sé, ni de mi madre, de nadie absolutamente; y así te estimaré me digas algo de nuestros país.

... Todo me revela de parte de mi honorable bienhechor un vivo deseo de hacerme feliz. Dios conserve la útil existencia de él, la mía para corresponderle tiernamente, y para verte pronto a tí también siendo feliz. Tus virtudes a ello te hacen acreedor, y mi dicha se ensanchará siendo tú partícipe de ella.

Voy a concluir mi carta, porque mi alma se quiere ya afectar, y un peso enorme me emarga. Vive, Juan Pablo, vive. El honor y tu honra no te arrebatan los B(obaquilla) y D(el Monte, Mi. Joaquín), estos dones te son inmarcesibles. La historia dirá: fué el único vocal de la Junta Central Gubernativa, que con una honorabilidad a toda prueba, se opuso a la enagenación de la península de Samaná, cuando los que te espulsaron, cual a otro Aristides, conspiraban a sacrificar el bien de la Patria, por cobardía, abyección e infamia.

A tu señora Madre, a toda tu honorable familia, reitera mis sentimientos de alta consideración y respeto; a Simón inmortal, al ilustre Vicente, que reciba esta por suya, y a entrambos el corazón de su más amantísimo amigo, Juan Isidro Pérez.

Antes de cerrar la amorosa epístola, recuerda a otros amigos y compañeros de padecimiento, y pregunta por ellos:

Dime de Sánchez, Pina y Rafael Rodríguez; porque puedes considerar lo que padecerá mi alma, dime cual es la suerte de estos buenos amigos: y la de Félix Ruiz. Vale (9).

En 1848, cuando la renuncia del General Santana y la ascensión del General Jimenes a la Presidencia de la República le abren las puertas de la Patria a los próceres proscritos, los amigos y protectores de Juan Isidro Pérez lo ponen en camino de la tierra natal. Triste y conmovedor retorno!

Al llegar al Ozama, como nadie le espera, desembarca cautelosamente, y no queriendo atravesar las calles que han sido escenario de sus hazañas y desgracias, se dirige por extramuros a la Puerta del Conde; pasa por ella, precipitadamente, hacia su casa; llega; sorprende a su adorada

(8) El Mensajero, No. 43, Santo Domingo, 27 feb. 1889.

(9) El Mensajero, No. 43, Santo Domingo 27 feb. 1889.



madre, dándole un estrecho abrazo; imprime un beso en la temblorosa mano de la anciana, y luego toma asiento, mudo e inmóvil, "con la mirada puesta en el suelo y la imaginación Dios sabe dónde".

Ni ruegos ni lágrimas, ni la ternura maternal, ni los amigos y parientes que acuden a darle la bienvenida, logran arrancarle de ese silencio. También es en vano que le lleven de su hogar a la hermana más querida. La misma impenetrable mudez sella sus labios. Es una espesa melancolía, una abstracción de la que nada le sustrae. La mirada fija en un punto, como ante una imagen misteriosa, la fisonomía sin expresión, el cuerpo enmagrecido, la frente pálida como un cirio que acabara de apagarse. Nada le distrae ni le aparta de su tétrico arrobamiento, "éxtasis en que estuvo sumido una porción de días, al cabo de los cuales comenzó a proferir palabras incoherentes que vinieron a poner de manifiesto la triste realidad de que ya su enfermedad no prestaba esperanzas, y debía considerarse como un hombre perdido para la Patria y para la familia".

Empero, la demencia de Juan Isidro Pérez es indefinible, —no hay dos locos iguales,— es una locura parcial; sus facultades están en desorden sin que todas estén afectadas. Pero ya es indiferente a cuanto le rodea. ¿Es ésta una locura? ¿No hay hombres de sano juicio indiferentes al bien y al mal, de la familia o de la Patria? Donde antes había un exaltado ahora hay un ser frío y silencioso; la inercia ha sucedido a la actividad patriótica, sin que el sentimiento del patriotismo haya desaparecido en su conciencia. Y eso basta para que lo juzguen loco. En realidad, esa transmutación, operada en un acceso de evidente locura, es sólo un paso de la movilidad psíquica a la inmovilidad; un desdoblamiento de la personalidad: es un hombre que piensa pero que ya no actúa como antes; es una luz que ha perdido su calor, pero que sigue resplandeciente y viva.

En la organización humana hay fuerzas negativas que dominan al sujeto en tales términos, que, no obstante el buen juicio y a pesar de toda la voluntad, el individuo queda inerte, como un río cuya corriente se detuviera sin perder su claridad y su armonía. Siempre hay en el hombre algo superior a su voluntad; siempre hay en el organismo una potencia que el hombre no domina. Juan Isidro es un alucinado, en las crisis de su demencia, luego una mente reflexiva en un ser inorgánico. Un alma insuficiente para animar el seno de una piedra.

Infortunado loco! Ni siquiera le sirve de escudo la demencia para librarle de nuevos y más crueles atropellos! Su situación ha de empeorarse con los sucesos de 1849, —la caída de Jimenes,— que significa el triunfo de varios de sus émulos de 1843 y 1844.

De tarde en tarde, Juan Isidro vá a las playas de Güibia, y allí se queda largas horas, inmóvil, pensativo, de pié en medio de las olas que bañan su cuerpo, ajenas a las tremendas tempestades de su alma. Otras veces pasea por las cercanías de la ciudad. Pero, hasta de ese goce le priva su desdichada estrella. En varias ocasiones, al pasear por las afueras del Rastrillo, tuvo Juan Isidro la mala suerte de cruzarse en el camino con

Don Manuel Joaquín Del Monte, uno de los prohombres del Gobierno, que dirigía sus pasos a la residencia de verano que poseía en San Carlos, circunstancia que éste, "acaso el de pasiones más vehementes entre los políticos dominicanos" de la época, no atribuyó a la casualidad sino a la concertación de algún siniestro plan fraguado contra su vida. Ese infundado pensamiento le bastó para que se apresurara a denunciar el caso a las autoridades policiales, las que no vacilaron un punto en arrancar inmediatamente, de su hogar y del cariño de los suyos, al infeliz demente.

De allí lo llevaron, a la fuerza, al Hospital Militar, que era también casa de orates, cometiendo la extremada crueldad de encerrarlo en el mismo calabozo en que estaba Hilario Girón, loco furioso desde muchos años. Exacerbado Girón por la inesperada presencia del desconocido, "hizo esfuerzos inauditos por desatarse para acometerle y devorarle, lo que logró al fin trabándose en seguida una lucha espantosa entre ambos desgraciados, de la que salieron más o menos estropeados habiéndole tocado a Pérez la peor parte, pues de una mordida quedó manco de una mano". (10).

Después de la tremenda escena, sus verdugos le prepararon un "calabozo aparte en que estuvo encerrado algún tiempo, hasta que completamente enervado por los sufrimientos alcanzó, aunque con trabajo, la gracia de que le abrieran la puerta y le dejaran salir, primero al patio y luego a la calle; licencia que le fueron ampliando a medida que las odiosidades políticas se iban calmando, y que a la larga concluyó por extenderse a la más completa libertad, sufriendo por intervalos accesos que indicaban la desorganización de su cerebro, después de los cuales recuperaba lucidez bastante para discurrir con las personas que le preguntaban sobre asuntos literarios, guardando respecto de los políticos cierta reserva y circunspección, de que sólo se le veía salir en casos muy extremos, como por ejemplo cuando en 1861 llevó Santana a cabo la reincorporación de la República a la monarquía española, o cuando en 1865 varios generales distinguidos se sublevaron contra el Protectorado para proclamar a Báez Presidente del Estado, hechos notables que repugnando a su conciencia de patriota, le arrancaron juiciosas consideraciones encaminadas a condenar, antes que la historia, el egoísmo y la ambición del uno, así como la ligereza y la inconsecuencia política de los otros." (11).

Francisco Martínez de León, devotísimo amigo de Juan Pablo Duarte, —quien, por su lealtad a la causa separatista y por su presencia de ánimo, sirvió de valeroso custodio a Juan Isidro Pérez la noche en que éste tomó el barco que lo llevó al destierro en 1843,— le decía a Duarte, en una carta que desde Puerto Rico le escribió el 9 de agosto de 1864:

En febrero pasado fui desempeñando una comisión de la casa en que trabajo a Santo Domingo y tuve la gran pena de ver a nuestro desgraciado amigo Juan Isidro, cuya locura no le impide sin embargo abrigar pensamientos



nobles y honrados en favor de la ilustración y la buena causa. (12).

Así vive Juan Isidro Pérez de la Paz, en alternativas de razón y de demencia, sumido en largo silencio y obstinada inmovilidad. Hay en él esa confusa mezcla de elementos inmutables y variables que desconciertan la conciencia moral. Pero el alma, —como dice el Padre Maher,— posee “energías mentales inconcientes.” Su espíritu parece que está envuelto y arrebatado en la nube de sus amargas reflexiones. Como en Hamlet, un aire de pensativa tristeza ha hecho presa de su frente, limpia de áspera y ceñuda melancolía. Es una locura sin comicidad, parcial, sistematizada, imprecisa, en la que predomina el dramatismo. Mas que enagenación, esta locura parece un estado de conciencia.

Duarte personificaría mejor a Hamlet, pero el Príncipe de Dinamarca no era místico, ni estóico, ni tuvo su existencia, hondamente adolorida, las grandes crisis que agitaron el corazón de Juan Isidro Pérez. Por esto, Pérez es dos veces Hamlet; su vida está tan íntimamente enlazada a la de Duarte, que el cataclismo de su alma es la repercusión de dos tragedias: la de Duarte y la suya.

No hay dos locos iguales, pero Juan Isidro tiene algo de los grandes locos e iluminados. Don Quijote es un filósofo cuando no se trata de la caballería andante; Pérez es un vidente y un filósofo cuando se anticipa a los juicios de la historia, en las horas de su admirable lucidez. Hamlet, —visto por Benot, uno de los innumerables críticos de Shakespeare,— podría tomarse como una pintura parcial de Juan Isidro Pérez: un carácter deseoso de lo bueno, moral por naturaleza y propenso a la meditación; inclinado a lo filosófico, a la poesía y al estudio. Vehemente y apasionado por temperamento, en los instantes supremos esa vehemencia se convierte en audacia e irreflexiva precipitación. Piérdese en dudas, cavilaciones y escrúpulos en horas de pavorosa soledad, o cuando, ya normalizado, tras la desorbitación mental, logra iluminarse la conciencia, hacerse luz en las nieblas del entendimiento. Pero ambos caracteres tienen, también, sus peculiaridades y divergencias.

Pérez no es como Hamlet, “una farsa dentro de una farsa”, sino un drama dentro de otro drama no menos real ni menos íntimo, fuertemente enlazados a su existencia.

Pérez es más humano que Hamlet: es hijo de un sacerdote, de un fraile mercedario, y ya eso basta para que en su conciencia haya una eterna y silenciosa acusación de liviandad contra su madre; y a pesar de ello la ama tiernamente. Hamlet declara que “la fragilidad tiene nombre de mujer”, y, sin embargo, la fragilidad de su madre apenas le enternece; el amor de Ofelia, suficiente luz para iluminarle, no le desvía de su actitud siniestra; va hasta el fin del drama como si clavara, con cruel y fría lentitud, en el corazón del Rey usurpador y de su propia madre, el puñal vencedor del padre muerto.

El odio y la sed de venganza oscurecen el espíritu de Hamlet. La venganza y el odio no es lo que enturbia la razón de Pérez, sino el amor a la Patria convertido por él en único pensamiento de su vida, ignorante de que el cerebro no es suficientemente poderoso para resistir la persistente destilación de un sólo pensamiento.

En el carácter de Hamlet, —al decir de Williams,— hay una perpetua ondulación de sentimientos. En el carácter de Pérez, en sus juicios, jamás hay variabilidad, ni siquiera “sombra de inconstancia.”

Teniendo tanto de real el drama de Juan Isidro Pérez, a veces no parece enteramente humano. Shakespeare no habría necesitado emplear la fantasía en sus escenas; habríale bastado el arte de sus dones poéticos.

Al final del drama desencadenado por él mismo, Hamlet mata y muere. Al morir, como ha realizado su venganza, siéntese feliz y exclama con la dulce sonrisa que selló sus labios:

**A mí me resta sólo el silencio.**

La última escena del drama de Juan Isidro Pérez, es aún más triste. Su corazón no ha recibido el áspero consuelo de la venganza. Sus amigos yacen en el destierro o en la tumba. Su Patria, en manos de sus crueles enemigos, está en trances de ser vilipendiada nuevamente. El, muy bien ha de comprenderlo, no es más que un loco.....

Todavía no bastan esas desgracias ni esas torturas para el alma del insigne infortunado. Es el año de 1868: la espantosa epidemia del cólera está diezmando la horrorizada ciudad de Santo Domingo. Por donde quiera hay un cadáver, un moribundo o un convulso. Bonostró, el sin par Anuncio Buenrostro, modelo de servidores, lleva sobre sus hombros, al cementerio, a los infelices apestados, pero pronto cae bajo el peso de un cadáver. El 7 de febrero la terrible muerte viene en busca de la porción de alma que resta en el adolorido ser de Juan Isidro Pérez. El dolor de su carne es tan hondo como el consuelo de su espíritu. Ha muerto!

Ha muerto el trinitario Juan Isidro Pérez de la Paz, y aún no cae el telón en la trágica escena. Del Hospital Militar lo llevan a la carrera al cementerio de los coléricos; no hay allí una mano amiga que cave una fosa para sus tristes despojos; no hay allí una cruz que sea, al mismo tiempo, símbolo cristiano y señal de su paleamiento. La arcilla mortal, blanca, noble, palpitante, en que animó el alma del Ilustre Loco, ha quedado perdida en la zanja común, junto a los oscuros muertos de este día, como si sus adversos hados quisieran que no tenga ni apenas la gloria de que la posteridad honre sus restos.

Infortunado prócer! Desdichada víctima del amor a la Patria! Frente a tí, Ilustre Loco, sublime loco, Hamlet del patriotismo, si la Patria se hubiese convertido en una Ofelia, habría caído en las fatales aguas de su historia, y habría quedado como ella, hasta perder la vida, flotando largamente sobre las turbias ondas...

(12) Dr. Alcides García Ll., Duarte y Martínez de León, Listín Diario, No. 13982, 26 enero 1933.

